

“La culpa ha de ser castigada: procurad, pues, prevenir a Dios. Castigadla en vosotros, si no queréis que Dios la castigue. Reconoced su enormidad para que Dios la desconozca y la perdone. (S. Agust., Psalm. 44, sent. 61, Tric. T. 7, p. 459.)”

“Hay muchos que no se avergüenzan de pecar, y se avergüenzan de hacer penitencia. ¡Oh increíbles locura, que nos causen rubor las heridas, y no le causen los remedios que nos aplican para curarlas. (S. Agustín, Psalm. 50, sent. 69, Tric. a T. 7, p. 460.)”

“Todo pecado, sea grave o leve, ha de tener su pena: o el mismo pecador le castiga con la penitencia, o Dios con su justicia. (S. Agust., Psalm. 58, sent. 83, Tric. T. 7, p. 462.)”

“Todos los vicios son temibles en los que viven bien. (S. Agust., *ibid.*, sent. 84, Tric. *ibid. ibid.*)”

“No hay enfermedad incurable para un Médico omnipotente. (S. Agust., Psalm. 58, sent. 86, Tric. T. 7, p. 462.)”

“Ninguno os puede quitar de Dios; vosotros mismos os le quitáis cuando os alejáis del Señor. (S. Agustín, Psalm. 96, sent. 143, Tric. T. 7, p. 467.)”

“Dios no abandonará su obra, si su obra no le abandona primero. (s. Agust., Psalm. 145, sent. 167, Tric. T. 7, p. 469.)”

“¿Quién es más infeliz que el miserable que no tiene lástima de sí? (S. Agust., Conf., c. 13, lib. 1, sent. 1, adic., Tric. T. p. 480.)”

“Vos habéis mandado, y sucede así, que el mismo corazón desordenado sea su propio castigo. (S. Agustín, *ibid.*, c. 12, sent. 2, adic., Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Ninguno, Señor, os pierde, sino el que, os deja: y ¿a dónde va el que os deja? ¿A dónde huye, sino de Vos agradable a Vos airado? (S. Agust., lib. 4, c. 9, sent. 4, adic., Tric. T. 7, p. 480.)”

“¿Por cuántos peligros se llega al mayor peligro? (S. Agust., lib. 7, c. 6, sent. 5, adic., Tric. T. 7, p. 481.)”

“El que apetece lo que no puede conseguir, tiene tormentos; el que llegó a conseguirlo lo que no debía desear, padece engaño, y el que no apetece lo que debiera adquirir, está enfermo. (S. Agust., de morib. Eccl., c. 3, sent. 7, adic., Tric. T. 7, p. 482.)”

“Siempre que el agua helada con el grande frío recibe la mayor impresión del calor del sol, vuelve a su primera fluidez, pero inmediatamente que el sol desaparece, se vuelve a helar y a endurecer; así también la caridad de muchos, se resfría y hiela con el frío de las culpas: mas cuando sobreviene el calor de la divina misericordia, se

deshace este hielo que causaron los pecados. De este calor se dice en la Escritura: Ninguno hay que se esconda de su calor. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 13, sent. 3, Tric. T. 9, p. 44.)”

“Uno de los principales medios de conservar en nosotros el espíritu de mansedumbre a vista de los excesos de nuestros prójimo, es traer a la memoria las faltas que en semejantes ocasiones hemos cometido: porque la consideración de nuestras propias flaquezas es un remedio excelente que excusa para con nosotros las ajenas; pues es cierto que sufrimos con más seguridad las injurias que nos hacen cuando reconocemos con humildad la necesidad que tenemos en muchas ocasiones de que los otros nos toleren. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 48, p. 177, sent. 16m, Tric. T. 9, p. 234 y 235.)”

“Cuando Dios nos desampara, no sentimos el mal de aquel abandono; porque cuanto más distante de Dios está el alma, está más obstinada. En este infeliz estado, ya no ama las cosas de Dios, ni desea los bienes celestiales; y como no lo abrasan los ardores del amor divino, se halla frío y se va consumiendo en la torpe aficción a las cosas terrenas, y por una espantosa desgracia, sucede que cuanto más se pervierte, vive con más falsa seguridad. Por haberse fácilmente olvidado de aquel estado dichoso de donde ha caído, no sabe ya cuánto debiera llorar su funesta pérdida, ni hasta que punto debe temer los castigos que la amenazan para la eternidad. Mas si la toca un soplo del Espíritu Santo, inmediatamente pone con vigilancia los ojos en el estado infeliz en que se halla; se abrasa con el fuego del divino amor: reflexiona la miseria que padece, y cuanto más adelante en el amor de Dios, más amargamente llora: siendo así, que antes cuando se consumía en el pecado, estaba enteramente abandonada en los falsos placeres y alegrías. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 58, p., 328, sent. 46, Tric. t. 9, p. 248.)”

“Adviértase a los que se exceden con frecuencia en las cosas mínimas, que consideren con atención que tal vez se peca con mayor peligro en la culpa pequeña, que en las más graves; porque éstas, cuanto más fácilmente se conoce que son pecados, más prontamente se enmiendan: pero las menores, como se cree que no lo son, se cometen con tanto mayor riesgo, cuanto nos representan más seguridad. Por lo que sucede frecuentemente, que acostumbrado el corazón a las culpas leves, pierde el horror a las otras más graves, y cebado con las mismas culpas, llega a cierta autoridad la injusticia: y a proporción que aprende a pecar sin recelo en lo que es menos, viene a

despreciar el miedo en lo que es más. (S. Greg. el Grande, Adm. 34, sent. 17, adic., Tric. T. 9, p. 384.)”

“Cúlpatelo a ti mismo cuando te hace mal un enemigo que no te puede dañar sin ti. (S. Bern., 4, de Consid., n. 9, sent. 5, Tric. T. 10, p. 332.)”

“Es necesario condescender con los amigos, mas no para contri-buir a su perdición. (S. Bern., Ep. 215, sent. 19., Tric. t. 10, p. 323.)”

“El que come lo que no puede digerir, le hace daño. (S. Bern., Serm., 36, in Cant., n. 4, sent. 57, Tric. T. 10, p. 3254.)”

“Así como no es lícito todo lo que gusta, así tampoco es conve-niente todo lo que es lícito. (S. Bern., Ep. 25, sent. 99, Tric. T. 10, p. 328.)”

“¡Ay de aquellos que viviendo en la sensualidad, no pueden agrar-dar a Dios, y presumen aplacar su ira cuando amenaza al pueblo! (S. Bern., de Conver. ad Cler., sent. 107, Tric. T. 10, p. 328.)”

“El enfermo que no conoce su mal, está en el mayor peligro. (S. Bern., 1, de Considerat., 21, sent. 111, Tric. T. 10, p. 328.)”

“En donde todos están infestados, no se advierte el mal olor de uno. (S. Bern. 1, Considerat., c. 10, sent. 127, Tric. T. 10, p. 329.)”

“No menos pecarás por enojarle demasiado, que por dejarte del todo de enojar. Pues no indignarse cuando nos debemos indignar, y no querer corregir, es pecado. Pero indignarse más de lo que es razón, es añadir culpa a culpa. Pero si es malo no enmendar el pecado, ¿cómo podrá no ser malo el aumentarle? (S. Bern., Ep. 69, ad Guid., Abb., trib. font., sent. 13, adic., Tric. T. 10, p. 349.)”

Penitencia.— “Sólo podemos conocer que alguno se ha convertido al cristianismo, cuando corrige sus vicios. (Tertuliano, en el tratado a Escápula, c. 20, sent. 2, Tric. T. 1, p. 195.)”

“¿Para qué será deliberar sobre si nos es conveniente el hacer penitencia o no? Dios manda que la hagamos, y no sólo lo manda, sino que nos convida a ella ofreciéndonos en recompensa la salud eterna, e interpone su juramento para que le creamos. ¡Dichosos nosotros por quienes el Señor tuvo a bien jurar! Mas ¡Ay de nosotros, desgraciados, si no diéramos crédito a lo que jura! (Idem. lib. de penitencia, c. 4, sent. 3., Tric. ídem. ídem.)”

“Es gravísimo ultraje de Dios el de aquellos que renunciaron y arrojaron de sí al demonio por medio de la penitencia, y después de haberle postrado a los pies de Jesucristo, vuelven otra vez a darle la preferencia en su corazón con una nueva culpa. Estos dan un triunfo

al demonio, y le causan grande alegría; porque en recobrando la presa, triunfa en cierto modo del Señor de nuestras almas. Es una cosa cierta la que yo no quisiera pronunciar por horrible, pero la diré para vuestra edificación. Estos hombres estiman al diablo más que a Dios, porque después de haber probado al uno y al otro, ya se resuelven con pleno conocimiento a ser de Satanás, y tienen por mejor al demonio después de haber probado en su corazón las suavidades de Dios. (Tertuliano, ídem. c. 5, sent. 4, ídem. ídem. ídem.)”

“Exomologesis o penitencia es un ejercicio que enseña al hombre a abatirse y humillarse, y requiere un tenor de vida proporcionada a alcanzar la divina misericordia; arregla en el penitente el alimento y el vestido, ordenándole que duerma en saco y ceniza; que traiga el cuerpo desaliñado, el espíritu abatido, y sumergido con el íntimo dolor de las culpas, y con fervorosos deseos de expiarlas, repasando su memoria con amargura y sentimiento, reduciéndose al sustento de pan y agua pura para poder mantener al alma; dando vigor a las oraciones con el ayuno, pide que se gima, se llore y se clame a Dios de día y de noche: que nos postremos a los pies de los presbíteros, y doblemos nuestras rodillas ante los altares del Señor; que roguemos a todos nuestros hermanos que intercedan por nosotros al Señor. (Tertuliano, ídem, c. 9, sent. 6, Tric. ídem, p. 196.)”

“Hablando con ironía de los que quieren hacer penitencia sin dejar los placeres, dice: Aumentad vuestra dispensa, buscad las más exquisitas viandas, y los excelentes vinos; y cuando os pregunten por qué os entregáis así a los placeres de la vida, responded: Yo he ofendido a Dios: estoy expuesto a perderme para siempre: ved aquí por qué me aflijo y mortifico mi cuerpo, para procurar por todos los medios posibles reconciliarme con Dios, a quien he ofendido con mis culpas. (Tertuliano, ídem, sent. 7, c. 11, Tric. T. 1, p. 196 y 197.)”

“Tengo por atrevimiento el disputar de la bondad del precepto divino: pues no sólo debemos escucharle porque es bueno, sino porque es precepto de Dios. En el rendimiento del obsequio, primero es la majestad del Emperador, que la utilidad del que le sirve. (Tertuliano, lib. de Penitencia, sent. 5, adic., Tric. T. 1, p. 360.)”

“Porfiadísimo enemigo es aquel: nunca descansa en su malicia, antes bien, entonces procede con mayor crueldad, cuando conoce que el hombre enteramente se ha librado: entonces se enciende más cuando se apaga. (Tertuliano, ídem, sent. 6, adic., Tric. ídem. ídem.)”

“En esta segunda penitencia, cuanto es un punto más estrecho,

tanto más fuerte es la prueba: para que no solamente se mire a la conciencia, sino que se manifieste la penitencia en algún acto: este acto se llama exomologesis, en la cual confesamos el delito a Dios, no como a quien lo ignora, sino como que la satisfacción se dispone con la confesión, y con al confesión y penitencia se aplaca a Dios. (Tertuliano, ídem, sent. 7, adic., Tric. ídem, ídem.)”

“Si quieres volver atrás y retractarte de la exomologesis, —esto es penosa satisfacción— considera en tu corazón el fuego del infierno, y que la exomologesis es lo que le apaga: imagina primero lo grande de la pena, para que no dudes aceptar el remedio. (Tertuliano, ídem, sent. 8, adic., Tric. ídem. p. 361.)”

“Entendemos que la mortificación, los trabajos y castigos que Dios envía, son convenientes al que sufre: y que los nombres de furor y de ira que se atribuyen al Señor, significan los medios de que usa para instruir y reprender: por lo que decía David: No me reconvengas, Señor, en tu furor, ni me reprendas en tu ira. (Orígenes, Comment. in Exod., sent. 3, Tric. T. 1, p. 247.)”

“¡Qué vergonzoso es en un cristiano, siendo él un siervo, huir del trabajo y no querer padecer por sus pecados, habiendo padecido Jesucristo por los nuestros, siendo el Señor! Si el Hijo de Dios padeció por hacernos a nosotros también hijos, ¿cómo los hombres rehusan el padecer por conservar la calidad de hijos de Dios, y semejantes a Jesucristo? (S. Cipriano, carta 56 a Cornelio, sent. 6, Tric. T. 1, p. 296.)”

“Volved a mí todo vuestro corazón, juntamente con ayunos, llantos y suspiros.. ¿Pensaremos, acaso, que se lamenta de todo corazón y que con ayunos, llantos y suspiros ruega al Señor aquel que desde el primer día de su delito, sustentándose con abundantes manjares no comunica su alimento y su bebida con la necesidad de los pobres? El que anda alegre y contento, ¿es qué se conoce que llora su muerte? ¿Procura agradar a alguno el que desagrade a Dios? ¿Acaso gimen y se lamenta la que se ocupa en vestirse con el adorno de preciosas vestiduras, y no piensa en que ha perdido la estola de Jesucristo; en recibir costosos trajes, y no en llorar los daños de la divina túnica del Bautismo? (S. Cipriano, lib. de Lapsis, sent. 12, adic., Tric. T. 1, p. 382.)”

“¡Ah, miserable, has perdido tu alma, has empezado a sobrevivir a tu mente espiritual, y a llevar andando en este mundo tu mismo sepulcro, y no lloras amargamente! ¡No te escondes y ocultas, o por la

vergüenza del delito, o por la continuación de los lamentos! Ve aquí las peores heridas de los pecadores; ve aquí los mayores delitos. ¡Haber pecado, y no dar satisfacción! ¡Haber delinquido, y no llorar los delitos! (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 13, *adic.*, Tric. T. 1, p. 382 y 383.)”

“Aun después que David supo que Dios le había perdonado su culpa, no por eso dejar de hacer penitencia. (S. Cirilo de Jerusalén, *Cath.* 2, sent. 1, Tric. T. 2, p. 336.)”

“Si hoy hacéis penitencia de vuestros pecados, guardaos de perder vuestra alma, pasando el día siguiente en los bailes. No seáis pródigos, hermanos míos, del tiempo destinado a vuestra salud, empleándolos en diversiones y juegos; o por mejor decir, en ser vosotros el juguete de la vanidad. (S. Efrén, *Encom.*, in *Psalm.*, sent. 4, Tric. T. 3, p. 78.)”

“No tanto considera Dios la acción como la disposición de la voluntad; atiende menos a lo que se hace, que a la atención y afecto con que se ejecuta. (S. Efrén, de *Poenit.*, sent. 25, Tric. T. 3, p. 81.)”

“No les basta a los penitentes, para salvarse, separarse de sus pecados, además de esto, que lleven frutos dignos de penitencia. (S. Basilio, sent. 36, Tric. T. 3, p. 197.)”

“Pues hemos pecado con nuestro cuerpo cuando entregamos a la iniquidad nuestros miembros para servir al pecado. Confesemos también con el cuerpo, tomándole por instrumento para satisfacer por las culpas. Si maldijiste, bendice; si engañastes en algún trato al prójimo, restituye; te embriagaste, ayuna; si fuiste soberbio y arrogante, humíllate; tuviste envidia de alguno, ora por el. (S. Basilio, in *Psalm.* 32, sent. 3, *adic.*, Tric. T. 3, p. 380.)”

“Demasiado hemos vivido para el mundo: vivamos para nosotros lo que resta. ¿Qué compensación será correspondiente al valor del alma? ¿Qué habrá que pueda compararse con el cielo? (S. Basilio, *Exhort. ad Bapt.*, sent. 9, *adic.*, Tric. T. 3, p. 381.)”

“Hay un segundo bautismo que es el de las lágrimas, mucho más aspero y laborioso que el primero: y aquel verdaderamente se lava, que riega todas las noches su lecho con lágrimas: aquel para quien solas las cicatrices de su pecado son de un deber intolerable; que va siempre llorando y abatido con la tristeza; que imita la conversión de Manasés y el arrepentimiento de los Ninivitas; que es explicada con las palabras del Publicano en el templo, y que se postra en tierra implorando la divina misericordia, como la Cananica, pidiendo para su consuelo las migajas, esto es, el alimento del perro hambriento. (S. Greg. Nacianc., *Orat.* 39, sent. 47, Tric. T. 3, p. 360.)”

“No solamente es culpable haber sido malo, sino también haber estado por su voluntad cerca de serlo: porque el mal deseo casi paga la misma pena que la acción. (S. Greg. Nacianc., Orat. 2, sent. 3, adic., Tric. T. 3, p. 393.)”

“Bien se puede abreviar el tiempo de la penitencia y dar antes la comunión, según las pruebas que se hagan del pecador a quien se haya aplicado este remedio. Porque así como nos está prohibido arrojar las perlas a los cerdos, así tampoco sería justo y razonable privar de esta preciosa perla al que apartándose del vicio y de toda impureza, dejó ya de ser un animal inmundo. El adulterio y las demás especies de impurezas, estarán sujetos a las mismas penas que la fornicación, a no ser que se doble el tiempo de la penitencia por esta especie de culpas. (S. Greg. de Nisa, Orat. 5, sent. 17, Tric. T. 4, p. 115 y 116.)”

“De palabra prometemos muy bien hacer penitencia; pero en nuestras acciones no manifestamos ejercicio alguno penoso y laborioso; vivimos del mismo modo que antes, siguiendo nuestra costumbre: manifestamos la misma alegría que antes; nuestro traje es el mismo; nuestra mesa es tan espléndida como antes; dormimos sin cuidado alguno cuanto nos place; las ocupaciones y negocios se alcanzan unos a otros, y hacen que se olvide el alma de su salud: de suerte, que sólo tenemos el nombre de penitentes, sin producir fruto alguno. (S. Greg. de Nisa, sent. 20, Tric. T. 4, p. 116 y 117.)”

“Pecó David, como suelen los reyes; pero hizo penitencia; lloró y gimió, lo que los monarcas no suelen practicar. Confesó su pecado y pidió perdón; se postró llorando su pecado, ayunó, oró, hizo que pasasen a todos los futuros siglos los públicos testimonios de su confesión y su dolor. (S. Ambrosio, Apolog. David, c. 4, sent. 30, Tric. T. 4, p. 319.)”

“Negó San Pedro a Jesucristo, mas todavía no llora, porque no le había mirado el Salvador. Le negó segunda vez: todavía no llora, porque aún no le había mirado Jesucristo. Por último, le negó tercera vez, y mirándole Jesucristo. Por último, le negó tercera vez, y mirándole Jesucristo, inmediatamente lloró, y lloró amargamente. (S. Ambrosio, *ibid.*, c. 6, sent. 31, Tric. T. 4, p. 319.)”

“El que hace penitencia, debe ofrecerse a la pena para que Dios le castigue aquí y no le reserve para los eternos suplicios: por lo cual, no debe diferir para otro tiempo el sufrir, sino apresurarse por prevenir el castigo y anticiparse a la indignación divina. (S. Ambrosio, in Psalm. 37, sent. 41, Tric. T. 4, p. 321.)”

“Aunque el Señor tenga voluntad de perdonarnos, quiere, no obstante, que le roguemos. (S. Ambrosio, *ibid.*, n. 15, sent. 42, Tric. T. 4, p. 322.)”

“Ninguno debe desconfiar de la misericordia de Dios; ninguno debe desesperar de su salvación con la vista de los pecados de la vida pasada: porque Dios sabrá mudar la sentencia de vuestra condenación, si vosotros sabéis corregir la iniquidad de vuestra vida. (S. Ambrosio, lib. 2, in c. I Luc., sent. 77, Tric. T. 4, p. 329.)”

“¿Cuál es el remedio de la penitencia y de qué se compone? Lo primero, de la confesión y detestación de los pecados; lo segundo, de una grande humildad para llorarlos y llevar frutos dignos de penitencia, de modo que no vuelva el pecador a los mismos delitos; lo tercero, de una grande profusión de limosnas, en cuando se pueda, para empezar a rescatarse de la muerte, según aquellas palabras de la Escritura: Las riquezas sirven para el rescate del alma; por último, de una grande mansedumbre para no enojarse con nadie, no volver mal por mal, y perdonar a todos los que nos ofendan, según aquel precepto de la misma verdad: Perdonad, y seréis perdonados. (S. Ambrosio, in Epist., ad Hebr., c. 6, sent. 104, Tric. T. 4, p. 334.)”

“Muchas veces pide el acreedor el dinero prestado, cuando el deudor no se lo puede volver: mas Dios sólo os pide el afecto que siempre está en vuestro poder el que debe a Dios, nunca es tan pobre, que no pueda pagar, si él no se empobrece a sí mismo: pues aunque no tenga que vender, siempre halla en sí con que pagar: las oraciones, las lágrimas y los ayunos, son la moneda que sirve al buen deudor para con este acreedor divino: lo cual es muchísimo mejor que si tomara dinero de sus bienes y heredades para presentarle a Dios, sino añadía el precio de su fe. (S. Ambrosio, de Poenit., lib. 2, c. 8, sent. 112, Tric. T. 4, p. 336.)”

“Hay algunos que sólo piden la penitencia para que se les conceda inmediatamente el uso de la comunión. Estos, no tanto pretenden ser desatados; cuando enlazar al Sacerdote, pues en esto no descargan su conciencia y cargan la del presbítero a quien manda Dios no dar el santo a los perros. (S. Ambrosio, *ibid.*, c. 9, sent. 113, Tric. *ibid.*, p. 337.)”

“Algunos creen que la penitencia consiste simplemente en abstenerse de comulgar. Estos ejercen contra sí mismo un juicio severísimo: pues cuando se condenan a esta pena, se privan al mismo tiempo del remedio de sus males, siendo así, que sola la pena de verse priva-

dos, separados de esta gracia celestial, debiera causar en ellos el más sensible dolor. (S. Ambrosio, *ibid.*, *ibid.*, sent. 114, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Más personas he hallado que hayan vivido en la inocencia del bautismo, que de las que han hecho verdadera penitencia después de haberla perdido. (S. Ambrosio, *ibid.*, c. 10, sent. 115, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Para curara una llaga profunda, se necesita un largo y poderoso remedio, y el delito grande tiene necesidad de una grande satisfacción para ser expiado. (S. Ambrosio, *ad Virg.*, laps, c. 8, sent. 139, Tric. T. 4, p. 312.)”

“No pecar nada, es propio de solo Dios: enmendar el yerro, y hacer penitencia de la culpa, es propio del sabio... Pero rara es la clara confesión del pecado, y rara es la penitencia; porque repugna por una parte la naturaleza y por otra la vergüenza. (S. Ambrosio, in *Lev.*, c. 11, sent. 10, *adlic.*, Tric. T. 4, p. 399.)”

“Es tan grande el remedio de la penitencia, que parece que mide Dios su sentencia. En tu mano está salir bien: quiere Dios que le pidan, que esperen en el, que le supliquen: eres tú hombre y quieres que te rueguen que perdones: ¿y piensas que Dios te ha de perdonar sin que ores? (s. Ambrosio, de *Poenit.*, lib. 2, c. 6, sent. 44, *adlic.*, Tric. T. 4, p. 406.)”

“Cuando os convirtáis a Dios y gimáis en su presencia os salvaréis y conoceréis entonces el estado en que os hallábais: porque no podremos conocer bien el miserable estado de nuestros males hasta después de haber recobrado la salud. (S. Jerón., *ad Rust.*, Ep. 125, sent. 34, Tric. T. 5, p. 244.)”

“La verdadera penitencia consiste en llorar los pecados cometidos, y en volver a llorar los que se han cometido. (S. Jerón., in *Psalm.* 118, sent. 114, Tric. T. 5, p. 259.)”

“Cinco medios hay para expiar sus culpas: el 1.º, es la detestación de los pecados; el 2.º, el perdón de las ofensas; el 3.º, la oración; el 4.º, la limosna; el 5.º, la humildad. No os debilitéis con la ociosidad y la pereza; adelantad todos los días en los caminos propuestos, porque no son muy difíciles, no os podéis excusar con la pobreza de no reprimir la ira, de no abrazar la humildad, de no orar con frecuencia y de no detestar los pecados. (S. Juan Crisóst., *Homl.* 4, de bapt. *Christ.*, sent. 23, Tric. T. 6, p. 301.)”

“¿Os parece que lo que Dios pide de nosotros es una cosa de grande molestia y pena? Lo que nos pide es la contrición del corazón,

la compunción del alma, la confesión de los pecados, y una continua vigilancia sobre nosotros mismos. De este modo no solamente cura nuestras heridas, sino que convierte en justos a los que antes estaban cargados de culpas. Considerad bien cuánta debe ser para esto la grandeza de su misericordia, y el exceso de su divina bondad. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 20, *ibid.*, sent. 94, Tric. T. 6, p. 317.)”

“Compungíos en vuestro lecho de lo que habéis pensado en vuestro corazón. Si durante el día no habéis tenido lugar de pensar en vosotros mismos, si vuestros negocios, si las visitas de vuestros amigos, y otras mil ocupaciones os lo han impedido, sea para vosotros la cama un puerto tranquilo, en donde recogidos, os digáis: Alma mía, ya este día se ha pasado: veamos el bien o el mal que has hecho. si en vuestro examen reconociéiseis que habéis hecho algún bien, dad gracias a Dios; si por el contrario, hubiéiseis cometido algún mal, formad propósito de no volver a él; si la memoria de vuestros pecados os hace derramar lágrimas, este es el medio de borrar vuestros pecados antes de dejar la cama. Suplicad, pues, al Señor antes de entregaros al sueño, y pedidle su misericordia para que os deje descansar. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 50, sent. 130, Tric. T. 6, p. 324.)”

“Mayor mal es no procurar satisfacer a Dios después de haberle ofendido, que el ofenderle. (S. Juan Crisóstomo, in Psalm. 109, sent. 133, Tric. T. 6, p. 124.)”

“El que no quisiere experimentar la bondad de Dios confensando sus culpas, experimentará su justicia por haberlas callado: solamente el rigor del Juez severo podrá castigar la tenacidad de aquel que pudo borrar sus pecados en la confesión y penitencia. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 134, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Tenemos necesidad de grande penitencia, de inexpugnable constancia, de oración frecuente y de una larga perseverancia para conseguir los bienes que Dios nos tiene prometidos. Digámosle, pues, muchas veces: Señor, favoreced a este pobre pecador; pero cuanto explicamos estos sentimientos con nuestras palabras, debemos estar penetrados de este deseo en lo interior de nuestro corazón. (S. Juan Crisóst., Homl. 17, ad Hebr., sent. 150, Tric. T. 6, p. 328.)”

“En los tribunales de la justicia humana, siempre se sigue la muerte después de la acusación y confesión de los delitos: pero en el Tribunal del Supremo Juez, a la confesión y acusación de los pecados sigue la recompensa. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, in Isaiam, sent. 159, Tric. T. 6, p. 330.)”

“Señor, si examináis las iniquidades, ¿quién podrá sufrir vuestro juicio? Cuando David hablaba de este modo, conocía muy bien que delante de Dios somos reos de una infinidad de pecados, y que los que parecen más leves, y tal vez no los vemos, se nos representarían algún día en el juicio para ser castigados con mucho rigor. (S. Juan Crisóst., lib. 2, c. 5, sent. 170, Tric. T. 6, p. 333.)”

“Es muy bueno traer a la memoria los pecados pasados, aun aquellos que Dios nos ha perdonado; esto mismo debe movernos a amarle más, a confundirnos de haberle ofendido tanto, y a concebir más vivos sentimientos de compunción: considerando que si su misericordia no nos hubiese socorrido, el enorme peso de tantas culpas nos hubiera abismado en lo profundo del abismo. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 171, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“No juzga Dios de la penitencia por lo largo del tiempo, sino por el afecto del corazón. Los Ninivitas no necesitaron largo espacio de tiempo para conseguir el perdón de sus pecados, y el buen ladrón, casi en un instante, mereció la entrada en el paraíso. (S. Juan Crisóst., *ad Theod.*, lapsis, sent. 179, Tric. T. 6, p. 335.)”

“Lo que muchos hacen con trabajo en sus ayunos, gemidos, oraciones, sako y ceniza, y todas las demás austeridades de la penitencia para borrar sus culpas, lo podemos ejecutar nosotros sin tanta pena, si queremos esforzarnos a reprimir la ira y a perdonar de corazón las injurias. (S. Juan Crisóst., *Serm. in illud si esurierit inimicus*, n. 3, sent. 205, Tric. T. 6, p. 341.)”

“El verdadero baño del alma, son los arroyos de lágrimas, los gemidos que salen de lo íntimo del corazón, la compunción continua, las oraciones frecuentes, las limosnas abundantes, llorar el pecado y condenar la vida pasada: de este modo se lava y purifica la iniquidad de las culpas y se borran las manchas del alma. (S. Juan Crisóst., *Serm. 19, de libello repudii*, n. 4, sent. 210, Tric. t. 6, p. 342.)”

“Se debe arreglar la penitencia, no solamente según la naturaleza de los delitos, sino también según la disposición del corazón de los pecadores, como vemos que lo hizo San Pablo con el incestuoso de Corinto, cuya flaqueza advirtió, según aquellas palabras: porque no le oprima el exceso de la tristeza. (S. Juan Crisóst., *Homl. 1 ad Corint.*, sent. 328, Tric. T. 6, p. 371.)”

“Habiendo visto Dios que todos los habitantes de Nínive se habían convertido de su mala vida, se arrepintió de los males que había dicho que les haría. No dice el Profeta, que habiendo visto Dios que

había ayunado, y que estaban cubiertos de cilicio y ceniza; no lo digo para arruinar el ayuno, ni Dios lo ermita, sino solamente para exhortaros a que hagáis alguna cosa más excelente, eso es, a abstenerse de toda suerte de vicios. (S. Juan Crisóst., Homl. ibid., sent. 329, Tric. ibid. ibid.)”

“Cuando habéis pecado, llorar, no sólo por la apresión de las penas que merecéis, porque esto aún es poco, sino porque habéis ofendido a vuestro Señor, que es tan bueno, que os ama tan tiernamente, que desea vuestra salvación, que dio a su propio Hijo por libraros de la muerte. Por estos motivos, debéis verdaderamente gemir y gemir sin cesar: porque la verdadera confesión de nuestras faltas no se conforma con la disposición de estar hoy alegre y mañana triste y al día siguiente volver a las alegrías: es necesario permanecer constante en la contrición del corazón. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 330, Tric. ibid., p. 372.)”

“Examinad todos los remedios que pueden servir para curar vuestras llagas, y empleadlos todos sin tardanza: estos son la humildad, la confesión de los pecados, el perdón de las injurias, la acción de gracias en las adversidades, la misericordia para asistir al prójimo, así con el dinero, como con los buenos oficios: por último, la fervorosa oración. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 331, Tric. ibid., ibid.)”

“Hay más conversiones falsas que verdaderas. (S. Agust., Psalm. 39, sent. 53, Tric. T. 7, p. 349.)”

“En la muerte será inútil la penitencia, porque llegará tarde. ¿Queréis que os aproveche? No esperéis a hacerla tan tarde. (S. Agust., Psalm. 52, sent. 70, Tric. T. 7, p. 461.)”

“La penitencia de esta vida es un dolor saludable que nos sana; y la penitencia de la otra es un dolor penal que sólo sirve de tormento. (S. Agust., Psalm. 57, sent. 82, Tric. T. 7, p. 462.)”

“El verdadero penitente sólo pretende en este mundo la misericordia de Dios. (S. Agust., Psalm. 61, sent. 93, Tric. T. 7, p. 463.)”

“La contrición del corazón es la piedad y la humildad: el que tiene el corazón contrito, se irrita contra sí mismo para que Dios le sea favorable; él se hace su propio juez, para que Dios sea su defensor. (S. Agust., Psalm. 74, sent. 120, Tric. T. 7, p. 465.)”

“La penitencia causa tormento; la justicia produce más tranquilidad; y la vida eterna glorifica. (S. Agust., Psalm. 150, sent. 180, Tric. T. 7, p. 470.)”

“Los pecados cometidos después del bautismo no se verán del

misimo modo que los que antes se habían cometido: de los primeros se consigue el perdón con sola la virtud del bautismo, pero los otros solamente se perdonan con muchas lágrimas, llantos, gemidos, ayunos, oraciones y trabajos proporcionados a la gravedad del pecado cometido. En cuanto a los que no se hallan en esta disposición, así como no se debe desesperar de su salud, así tampoco se les debe conceder fácilmente los santos misterios para no dar las cosas santas a los perros, ni arrojar a los cerdos las perlas. (Teodoreto, Hist., Her. Act. 28, sent. 5, Tric. T. 8, p. 262 y 263.)”

“Es saludable observancia aprobada por uno y otro testamento, procurar la divina misericordia con la mortificación del cuerpo y del espíritu: pues nada mueve a Dios con mayor eficacia, que el hombre que se juzga a sí mismo y continuamente se humilla pidiendo perdón, sabiendo que nunca está sin culpa. (S. León, Papa, Sermr. 90, c. 1, sent. 68, Tric. T. 8, p. 399.)”

“Por la experiencia habéis aprendido la utilidad de la mortificación para purificar a los hombres interior y exteriormente. El que se abstiene de lo lícito, resiste con más facilidad a lo que no es permitido. La verdadera abstinencia, hermanos míos, no consiste en sola la mortificación del cuerpo, ni en cercenar el alimento. La perfección de esta virtud consiste principalmente en la pureza del alma, que no solamente pisa la concupiscencia de la carne, sino que también desprecia las vanidades de la sabiduría mundana. (S. León, Papa, Serml., 51, c. 1, p. 355, sent. 72, Tric. T. 8, p. 301.)”

“Rendimiento el tiempo, porque los días son malos. Redimimos el tiempo cuando reparamos con las lágrimas de la penitencia la vida pasada que hemos perdido en los extravíos y desórdenes. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 39, p. 172, sent. 14, Tric. T. 9, p. 234.)”

“El pecador que con llanto se convierte, ya empieza a ser justo: pues da principio a la acusación de lo que hizo. ¿Cómo no ha de ser justo el que por medio de sus lágrimas está castigando en sí mismo la injusticia? Nuestro Abogado que es justo, nos defenderá en el juicio como justos, porque nosotros nos conocemos y acusamos como injustos. No confiemos, pues, en nuestras acciones, sino en lo que alegrará nuestro Abogado. (S. Greg. el Grande, Homl. 7, sent. 23, adic., Tric. T. 9, p. 386 y 387.)”

“¿Por qué, pecador, es tu vida tan odiosa a tus mismos ojos? ¿Qué buscas, hombre sin fe, que sea más precioso que tu alma? Date prisa a llegar a las fuentes de la salud, antes que se cierre para ti sin recurso

la puerta de la misericordia. La penitencia te abre un asilo seguro; determínate a alegrar a los espíritus celestiales que hacen fiesta en la conversión del pecador; sólo espera el Médico que te ha de sanar, ver correr las lágrimas. Llega sin miedo, descubre la llaga de tu alma, ofrece tu llanto en sacrificio para que esas lágrimas preciosas sirvan para curarte. La penitencia te abre las puertas de la salud, apresúrate por entrar antes que te las cierren. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 3, Tric. T. 9, p. 338.)”

“Derrama en esta vida lágrimas para no verterlas inútilmente en la otra. Aquí reina la misericordia, allá la justicia; aquí la sensualidad, allá los tormentos sin fin; aquí la loca alegría, allá las lágrimas sin consuelo; aquí los cánticos de regocijo, allá el eterno fuego; aquí los cánticos de regocijo; allá las moderaduras de las serpientes; aquí la pompa y la soberbia, allá una vergüenza insoportable y una amarga confusión. Humíllate, pues, en este valle de miserias, para que no te condenes a ser arrojado en las tinieblas exteriores: no pongas tu felicidad en los placeres momentáneos del mundo, no sea que en la eternidad te toque una desolación que para siempre te abrume. (S. Anselmo, *ibid.*, sent. 4, Tric. T. 9, p. 339.)”

“Entre tanto que resplandece la gracia y te concede tiempo para hacer penitencia, date prisa a robar el cielo con el fervor y con la frecuencia de las más humildes súplicas; ama con todo tu corazón a Dios, así como El te ha amado; teme el día en que has de dar la cuenta y sufrir el rigor de su juicio. Renuncia por amor del Salvador todas las cosas, y hazte, por decirlo así, extraño a ti mismo. Vela todos los instantes sobre las acciones de tu vida con la más sincera y santa exactitud; aléjate del comercio de este siglo impuro para merecer la herencia del reino de Dios. (S. Anselmo, *ibid.*, sent. 5, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Llevad sin cesar en la frente la confusión que debe imprimir en ella la memoria de vuestros pecados. La triste memoria de vuestras iniquidades os tenga siempre avergonzados en la presencia de Dios, y esta saludable vergüenza os haga temer y teneros por indignos de levantar los ojos al cielo. Caminad con rostro humillado, con los ojos en tierra, con un porte modesto, y con un aire triste y afligido, con un modo que de a entender el dolor de un corazón contrito, con vestido sencillo y no afectado, o que esté denotando el lujo de vuestras almas; revestíos de saco y de ceniza; llevad sobre la carne el cilicio, siempre prontos a llorar, a confundiros, a gemir y suspirar; fomentad en el

fondo de vuestros corazones el espíritu de la santa compunción: salgan frecuentes de vuestros pechos los sollozos: no tengáis otro placer que la aflicción, los gemidos y las lágrimas de un corazón contrito y humillado. (S. Anselmo, *ibid.*, sent. 11, Tric. T. 9, p. 341.)”

“Vos, Señor, me habéis amado, y os entregásteis por mí. Estén siempre mis intenciones con Vos en el cielo, y vuestra protección y gracia estén siempre conmigo en la tierra. Vos que me amásteis cuando yo os despreciaba, socorredme ahora que me abraso en el deseo de ser vuestro, y de no amar sino a Vos. Daos a un corazón que os busca, pues os disteis a quien no os conocía. Recibid a un pecador que vuelve a Vos, pues le redujisteis cuando iba huyendo de Vos. Yo os amo para que améis, o por mejor decir, porque me amáis. Ameos yo, para que todavía me améis más. Haced que mis pensamientos, mis intenciones, deseos y afectos, me tengan siempre unido con Vos en la unidad, y en el secreto de mi interior, y que todos se dirijan a aquella feliz habitación en donde nuestra naturaleza, de la que por un exceso de misericordia os revestisteis, reina ya en el colmo de la gloria y en el centro de la felicidad. Viva yo inseparablemente unido con Vos; no me canse jamás de adoraros ni de servirlos, sino que persevere hasta el fin, os busque con fidelidad, logre la dicha de hallaros en el lugar de la suprema bienaventuranza., y os posea por toda la eternidad. (S. Anselmo, 1 *Meditat.*, sent. 41, Tric. T. 9, p. 350.)”

“Es poco haber podado una vez: es preciso podar muchas veces, o siempre, por mejor decir, porque los vicios a cada instante retoñan. (S. Bern., *Serm.* 57, in *Cant.*, n. 10, sent. 26, Tric. T. 9, p. 323.)”

“Lo que hace la buena conciencia, es hacer penitencia de los pecados y abstenerse de cometerlos. (S. Bern., *Tract. de Offic.*, c. 2, sent. 45, Tric. T. 10, p. 325.)”

“La señal de la verdadera compunción, es quitar la ocasión. (S. Bern., *Serm.*, 1, sent. 102, Tric. T. 10, p. 328.)”

“El orden más bello y saludable consiste en que lleves tú primero la carga que a otros impones. (S. Bern., *Epist.* 221, n. 3, sent. 115, Tric. T. 10, p. 329.)”

“La religiosa tristeza o está llorando los pecados ajenos, o los propios. (S. Bern., *Serm. de S.^{cta} Magdal.* n. 1, sent. 154, Tric. T. 10, p. 331.)”

“Extramada locura es que seamos tan descarados para las torpezas, y que nos de rubor la penitencia, siendo tan precipitados a recibir las heridas, y muy vergonzosos para aplicar los remedios. (S. Bern., *Serm. in Circunc.*, sent. 156, Tric. T. 10, p. 331.)”

Perdonar las injurias.— “Si me creéis olvidaréis las injurias y afrentas que os haga vuestro prójimo. Ya veis que distintos nombre tendréis el uno y el otro: a el le llamarán colérico y violento, y a nosotros mansos y pacíficos. El se arrepentirá algún día de su violencia, y vosotros no os arrepentiréis de vuestra mansedumbre. (S. Basilio, Homl. de ira, sent. 18, Tric. T. 3, p. 193 y 194.)”

“Por grande que sea el bien que recibimos de nuestros amigos, ¿podrá compararse con el que nos hacen nuestros enemigos? Cuando por éstos conseguimos aquella felicidad que hace decir al Salvador en el Evangelio: Vosotros sois bienaventurados; cuando los hombres os persiguieren y dijeren todo mal contra vosotros, entonces alegraos y saldat de gozo, porque vuestra recompensa será muy abundante en el cielo. (S. Basilio, interrog. 176, sent. 70, Tric. T. 3, p. 202.)”

“¿En qué país ni en qué pueblos se ha mandado jamás bendecir a los que nos maldicen, orar por los que nos injurian, no airarse por la acusación de su delito, (aunque debe cada uno avergonzarse de haberlo cometido)? ¿No resistir a los que nos persiguen, abandonar nuestra hacienda al que nos quita la capa; y para decirlo en una palabra, vencer la violencia con la mansedumbre y procurar corregir con la paciencia a los que nos han hecho alguna injuria? (S. Greg. Naciac., Orat. 3, sent. 11, Tric. t. 3, p. 353.)”

“Entre los cristianos no es miserable el que padece la injuria, sino el que la hace. (s. Jerón., ad Macum., Ep. 17, sent. 53, Tric. T. 5, p. 247.)”

“No respondamos a los que dicen mal de nosotros: hablemos solamente con el Señor en el silencio de la humildad, y con la voz de la paciencia; y el Salvador, que es invencible, peleará por nosotros. (S. Paulino, Epist. 38, ad Apr., sent. 16, Tric. T. 5, p. 332.)”

“Cuando alguno os dice una injuria si despreciáis la ofensa, se podrá decir con verdad que no la habéis recibido. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, sent. 7, Tric. T. 6, p. 301.)”

“¿Hay cosa más favorable ni más dulce que el precepto de la reconciliación? A nosotros mismos hace Dios jueces de la remisión de nuestros pecados. Si nosotros perdonamos poco, poco nos perdonará Dios: si perdonamos mucho, mucho nos perdonará Dios: si enteramente perdonamos de lo íntimo de nuestro corazón, del mismo modo nos perdonará Dios. (S. Juan Crisóst., Homl. 22, sent. 20, Tric. T. 6, p. 303 y 304.)”

“Hay algunos que borran sus pecados velando en oración, dur-

miendo sobre la dura tierra y macerando su carne con maceraciones continuas: pero os abro un camino más fácil para conseguir este bien, y es no tener odio ni rencor contra ninguno. (S. Juan Crisóst., Homl. 39, Joann., sent. 81, Tric. T. 6, p. 314.)”

“Imitemos a Nuestro Señor: perdonemos las ofensas que sólo son contra nosotros; mas cuando ultrajan a Dios, entonces debemos vengarlas. (S. Juan Crisóst., Homl. 26, sent. 96, Tric. t. 6, m p. 319.)”

“¿Ha dicho alguno mal de ti? corrígete si te sientes culpado en lo que te acusa; si no, desprecia el dicho, y no tomes cuidado, o por mejor decir, alégrate, según la palabra de Dios: Porque han hablado mal de ti: porque el premio será grande en el cielo. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, de Anna, sent. 117, Tric. T. 6, p. 321.)”

“Si a vista del enemigo os vienen a la memoria todas las injurias que os ha dicho o ha hecho, haced esfuerzos por olvidarlas; y si no las podéis arrojar de vuestra imaginación, echad la culpa al demonio y representaos las menores intenciones con que en otro tiempo os trataba. Si tenéis intención de reprenderle, sosegad antes los movimientos de la ira; porque entretanto que nos anima esta pasión, nada podremos decir, ni sufriremos que nos digan cosa alguna honesta y razonable. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 118, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Dad a conocer a vuestro enemigo: porque es imposible que la persona que hace el bien y la que le recibe, permanezcan enemigos. (S. Juan Crisóst., Homl. 50, c. 25, sent. 280, Tric. T. 6, p. 358.)”

“Yo no me ofendo de las injurias ni de las afrentas; yo olvido gustoso las calumnias que algunos levantan contra mí, aunque no tengáis motivo para esperarlas: Dios será el juez de los que se ocupan para esperarlas: Dios será el juez de los que se ocupan en semejantes bajezas. Con tal que conserven la fe, yo seré su amigo y protector; pero si alguno le toca, ¿cómo será posible que yo no exponga mi vida? Aunque hubiera de sufrir la muerte, no tendría dificultad en padecerla, porque si no tenemos fortaleza para profesar la verdad por la gloria de Dios, solamente para librarnos de algunos sentimientos, ¿con qué cara nos atreveríamos a elogiar los santos Mártires en presencia del pueblo, siendo así que los alabamos porque combatieron hasta morir por la verdad? (S. Cirilo Alejand., Ep. 6, sent. 12, Tric. T. 8, p. 100.)”

“El amor a los enemigos no sólo es consejo, sino un precepto de que ninguno se puede dispensar: para que lo cumplamos con facilidad, bastará acordarse de que Dios nos ha perdonado nuestras culpas,

siendo incomparablemente mayores que las ofensas que nos hayan hecho los hombres. (S. Cesáreo de Arlés, Serm., 74, sent. 15, Tric. T. 9, p. 46.)”

“Si en alguna cosa habéis contristado a vuestro hermano, manifestadle arrepentimiento; si le habéis ofendido, reconciliaos con él, pretendiendo su amistad: pedid prontamente perdón de la culpa con que le ofendisteis, y reparadla cuanto antes con pronta benevolencia; arrancadle el perdón con un humilde reconocimiento sobre lo que le pudo irritar; hacedle afectuosos instancias, y manifestadle las más justas sumisiones para sacarle del corazón la saeta que le ha herido. (S. Anselmo, Exhort., ad contemptum temporalium, sent. 17, Tric. T. 9, p. 343.)”

“Conoced gustoso el perdón a quien le pide; abrazad prontamente al hermano que vuelve a vosotros; recibid con caritativa ternura las señales de su arrepentimiento y el deseo de volver a vuestra amistad; perdonad para que Dios os perdone; haced gracia para hallar gracia. Si negáis el perdón, Dios os le negará, y si el que os ofende no da paso alguno, si no quiere abatirse a pedir os perdón, si no tiene suficiente humildad para suplicaros, olvidaos de su culpa; o si su ceguera no le deja reconocerse, perdonadle de lo íntimo del corazón; remitidle generosamente y sin ficción la deuda; perdonadle gratuitamente, y concededle el mismo perdón que desprecia o que no quiere pedir. (S. Anselmo, *ibid.*, sent. 18, *ibid.*, *ibid.*)”

Pobres.— “No despreciéis a esos pobres que véis echados en el suelo: considerad lo que son, y conoceréis su dignidad. Esos están representando la persona de nuestro Salvador. (S. Greg. de Nisa, de pro amand., sent. 22, Tric. T. 4, p. 117.)”

“Los pobres son como los dispensadores de los bienes que esperamos, con los porteros del reino de los cielos para abrir la entrada a los misericordiosos, y cerrarla a los desapiadados. Son los pobres vehementísimos acusadores, pero intercesores muy poderosos y favorables. (S. Greg. de Nisa, *ibid.*, sent. 23, *ibid.*, *ibid.*)”

“Usad de vuestros bienes, no pretendo impedirlos su uso; pero cuidado con abusar de ellos. (S. Gregorio de Nisa, *ibid.*, sent. 24, *ibid.*, *ibid.*)”

“Es un delito igual, con corta diferencia, el de no prestar al pobre, o el de prestarle con usura: porque si lo uno es inhumanidad, lo otro es una ganancia sórdida e ilegítima. (S. Greg. de Nisa, sent. 25, *ibid.*, *ibid.*)”

“El que pudiendo no socorre al prójimo cuando le han hecho alguna injuria, no es menos culpable que el mismo que le injurió. (S. Ambrosio, de Doctrina fidei, c. 36, sent. 129, Tric. T. 4, p. 340.)”

“Aquel es verdaderamente rico que es heredero de Dios y coheredero de Jesucristo. No despreciéis al pobre, porque éste es el que te hace rico. (S. Ambrosio, Epist. 82, sent. 167, Tric. T. 4, p. 348.)”

“Bastante rico es el que es pobre con Jesucristo. (S. Jerón., Epist. ad Heliot. 14, sent. 1, Tric. T. 5, p. 239.)”

“Aquel pobre que despreciamos o miramos con desdén, cuya vista solo nos mortifica el corazón, es no obstante, semejante a nosotros, formado de la misma tierra, compuesto de los mismos elementos, y todos estamos sujetos a las mismas enfermedades que él: por el cual debemos mirar sus males como si fueran nuestros; y de este modo, toda la dureza que sentimos para con nuestro prójimo, se ablandará con la compasión que sentiremos en nosotros mismos, considerando su miseria. (S. Jerón., Epist. 69, ad Occan., sent. 29, Tric. T. 5, p. 243.)”

“Toda la perfección de los hombres consiste en reconocer que son imperfectos. (S. Jerón., c. 133, sent. 52, Tric. T. 5, p. 247.)”

“Bienaventurados los pobres. Para que no se creyese que hablaba el Señor de la pobreza que sufrimos por necesidad, añade después: de espíritu; para que de este modo se advirtiese que intentaba hablar de la humildad, y no sólo de la escasez de los bienes de la tierra. (S. Jerón., lib. 1, in Matth., c. 5, sent. 89, Tric. T. 5, p. 254.)”

“La pobreza es una riqueza grande para los que saben sufrirla con paciencia y prudencia: es un tesoro que nadie les puede robar. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, sent. 6, Tric. T. 6, p. 301.)”

“Oid esto todos los que sois pobres, o por mejor decir, los que quisiérais ser ricos: no es malo el no ser pobre, pero sí el no querer serlo. (S. Juan Crisóst., Homl. 91, sent. 78, Tric. T. 6, p. 313.)”

“Muchas veces damos en rostro a los pobres con que son holgazanes. ¿Acaso os ha encargado Dios el cuidado de reprenderlos? ¿Os ha ordenado que le echéis en cara su ociosidad? El Señor solamente os ha mandado que remediéis su indigencia. (S. Juan Crisóst., Serm. in inscrip. Act. Apost. n. 5, sent. 202, Tric. T. 6, p. 340.)”

“En vuestro testamento poned a Jesucristo en el número de vuestros herederos. Vosotros no habéis procurado alimentarle durante la vida, dadle parte de vuestros bienes, a lo menos cuando estáis para dejarlos, y cuando váis a perder el uso y la disposición de ellos:

porque siendo infinitamente bueno, no será tan riguroso con vosotros. Mayor prueba de amor y más digna de premio hubiera sido alimentar a Jesucristo en sus pobres mientras os duraba la salud; pero si habéis faltado a esta obligación, ejecutadlo, a lo menos, en el deplorable estado, dejándole por coheredero de vuestros hijos. (S. Juan Crisóst., Homl. 15, c. 8, sent. 289, Tric. T. 6, p. 360.)”

“¿No es una cosa ridícula inquirir con curiosidad todo lo que pertenece a la miseria de un hombre para un bocado de pan que le habéis de dar? Aunque fuese un homicida o un ladrón, ¿le habréis de tener por indigno de un bocado de pan o de una moneda de poco valor para que no muera de hambre? No le niega vuestro Dios y Señor su sol, y ¿vosotros le habéis de negar el corto alimento que necesita para cada día para vivir? Pues yo os digo, que aun cuando supiérais que estaba manchado con los mayores delitos, no tendríais legítima excusa para negarle lo necesario a la vida. (S. Juan Crisóst., Homl. 21, sent. 291, Tric. T. 6, p. 361.)”

“¿En qué se diferencia el rico del pobre? Aquel no tiene otro cuerpo que cubrir, ni otro estómago que llenar. ¿En qué, pues, es más rico y más abundante sino en inquietudes y cuidados, en que disipa más bienes, y obedece menos a Dios; en que se corrompe más presto, según la carne, y se pierde más fácilmente su alma? Porque en esto propiamente exceden los ricos a los pobres. (S. Juan Crisóst., Homl. 40, sent. 320, Tric. T. 6, p. 369.)”

“No es pobre propiamente el que nada tiene, sino el que mucho desea; así como no es rico el que posee muchos bienes, sino el que nada necesita. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, in c., 1, ad Philip., sent. 350, p. 376.)”

“Un hombre que tuviese grandes riquezas, si no se ensorbece con ellas, es verdaderamente pobre; y otro que no tuviera bienes, pero los deseara con ansia, y fuese soberbio, es contado en la presencia de Dios entre los ricos reprobados. (S. Agust., Psalm. 48, sent. 63, Tric. T. 7, p. 460.)”

“Padecer pobreza es propio de todos los hombres, pero saberla sufrir es propio de hombres grandes: lo mismo sucede en la riqueza, ¿quién hay que no pueda lograrla? Pero saber ser ricos y vivir en santidad, solamente es concedido a aquellos cuyo corazón no se perverte con la abundancia. (S. Agust., de bon. conf., c. 1, sent. 26, adic., Tric. T. 7, p. 486.)”

“Admirablemente ha dispuesto la divina Providencia, que en la

Iglesia haya pobres Santos, y ricos buenos para que recíprocamente se utilicen, de la misma diversidad cuando los que reciben dan gracias a Dios para esperar el eterno premio; y los que reparten, también dan gracias al Altísimo. (S. León, Papa, Serm. 89, c. 6, sent. 67m Tric. T. 8, p. 399.)”

“Hay pobres coléricos, soberbios, avaros y sensuales a quienes la pobreza de nada les sirve para el cielo; también hay ricos humildes y mansos, a quienes las riquezas no servirán de impedimento para su salvación, porque usan de ellas con desprendimiento de sus corazones. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 92, sent. 18, Tric. T. 9, p. 47.)”

“Es pecado igual al sacrilegio el no dar a los pobres lo que es de los pobres. (S. Bern., Tract. ad Cler., n. 21, sent. 97, Tric. T. 10, p. 328.)”

“Carecer de méritos es verdadera pobreza; mas presumir de tenerlos, una falsa riqueza. (S. Bern., lib. 2, Serm. 68, in Cant., c. 6, sent. 103, Tric. T. 10, p. 328.)”

“Resplandece la Iglesia en las paredes, y padece frío en los pobres. (S. Bern., Apol. ad Guil., c. 11, sent. 140, Tric. T. 10, p. 330.)”

“Ignora el sano lo que le duele al enfermo, y el harto lo que padece el que está en ayunas. (S. Bern., Tract. de Grad. hum., n. 6, sent. 159, Tric. T. 10, p. 331.)”

Presencia de Dios.— “Conviene que en casa vivamos con pudor nuestros padres y criados: en los caminos por los que pasan, en la soledad por nosotros mismos, y en todas partes, por la presencia del Verbo que está en todo lugar, y sin él nada se hizo. Sola esta razón es suficiente para que el hombre nunca resbale al considerar que siempre está delante de Dios. (S. Clemente, Pedagogo, lib. 3, c. 5, sent. 2, alic., Tric. T. 1, p. 151.)”

“Si alguna confesión hay en la presencia de Dios, ya es martirio. Todas las almas que con el conocimiento de Dios procedieron con pureza y sinceridad, y obedecieron a los preceptos divinos ya son mártires con la vida y las palabras: de cualquier modo que se libren de su cuerpo, derramando su fe como la sangre por toda su vida hasta en la hora de la muerte. (Idem., Stromatum, lib. 4, sent. 10, Tric. T. 1, p. 152.)”

“El que se junta con Dios en todas las cosas, da a entender a un mismo tiempo gravedad y alegría: gravedad, porque se convierte a Dios; alegría, porque considera como que vienen de Dios los bienes de esta vida que nos ha dado. (Idem. ídem. lib. 7, sent. 11, ídem. ídem.)”

“Todo lugar y todo tiempo es sagrado, si en él pensamos, y meditamos en Dios. (Idem. ídem, sent. 12, adic., ídem, ídem.)”

“El verdadero medio de no padecer distracción, es llenar su corazón de esta admirable sentencia de David: Yo consideraba al Señor como siempre presente a mis ojos: porque cada uno puede pensar como procede en la presencia de los otros, aunque sean sus iguales. ¡Con cuánto cuidado de que no hallen que reprender, así en la postura, como en sus acciones y palabras! ¡Con cuánta razón deberá ser más circunspecto, si se persuade que Dios no aparta de él sus ojos, y que penetra lo más íntimo del corazón! (S.Basilio, Interrog. 306, sent. 76, Tric. T. 3, p. 203.)”

“Vivir siempre en la presencia de Dios, es no hacer cosa alguna que sea indigna de su presencia, o que no sea conforme a su voluntad: pues los ojos del Señor estarán siempre sobre los justos. (S. Ambrosio, de Abraham, lib. 2, c. 11, sent. 15, Tric. T. 4, p. 316.)”

“Si eres un artesano, puedes, mientras estás sentado para trabajar, cantar los Salmos; si no podéis con la boca, cantadlos con el pensamiento: porque los Salmos deben servirnos de agradable entretenimiento. (S. Juan Crisóst., Homl. 21, sent. 17, Tric. T. 6, p. 303.)”

“Decid continuamente: Yo te renuncio, Satanás. No hay cosa más útil que esta protesta, si la practicamos efectivamente con nuestras obras. Decís: yo renuncio a ti, Satanás, a tus pompas y a tu servicio y a Vos, Jesucristo, os amo. Juntad a estas palabras la señal de la cruz, hecha en la frente, y después no temáis que los hombres ni los demonios os puedan hacer ningún verdadero mal. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 18, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Cuando estamos en la presencia de Dios para suplicarle, nos sucede muchas veces manifestar menos respeto que el que tienen los siervos; a los asnos, los soldados a sus jefes, y aun los amigos a sus amigos. Porque cuando hablamos con un amigo, tenemos fija la atención en lo que le estamos diciendo: siendo así que cuando nos ponemos en la presencia de Dios a pedirle perdón de nuestros pecados, casi siempre lo hacemos con negligencia y tibieza: tenemos las rodillas en tierra, y el espíritu está pensando por las calles y las casas: se abandona a infinitas estaciones, al mismo tiempo que la boca pronuncia vanas oraciones sin atención alguna. (S. Juan Crisóst., Homl. 22, sent. 19, Tric. t. 6, p. 303.)”

“No me digáis que es imposible hacer por Dios todo cuando ejecutamos: porque es fácil haceros ver que se pueden practicar, puesta

la mirada en Dios, las acciones más comunes, como son, vestirse, caminar, hablar, sentarse, entrar, salir, decir cosas divertidas; alabar, reprender, recomendar, amar y aborrecer; si todas estas cosas pueden hacerse por el amor de Dios, no hay duda que todo lo demás se podrá ejecutar con el mismo fin. (S. Juan Crisóst., Homl. 32 in observant., sent. 22, Tric. T. 6, p. 304.)”

“Ninguno cante con tibieza ni con indiferencia las místicas y sagradas alabanzas; ninguno repase en su espíritu los proyectos del mundo mientras se celebran los divinos misterios: levante cada uno al cielo su espíritu, considerándole en presencia de la Majestad divina, como si asistiera con los Serafines delante del trono de su gloria: sólo en este estado podremos dar a aquel Dios infinitamente bueno y glorioso, las alabanzas que le son debidas. (S. Juan Crisóst., Homl. 29, de in compr. die Nat. 4, sent. 24, Tric. T. 6, p. 304 y 305.)”

“Sea continuo el deseo de ver a Dios. Cuando calláis en su presencia, es cuando cesáis de amarle. (S. Agust., Psalm. 37, sent. 41, Tric. T. 7, p. 458.)”

“Si queréis cometer el mal, dice el mismo Santo Padre, buscad un lugar donde Dios nos os vea, y haced allí lo que queráis. (Lib. de spiritu et anima, Barbier, T. 4, 331.)”

“Hemos de temer a Dios en público, dice en otra parte el mismo Santo: hemos de temerle en secreto. Marchad: os ve. El sol brilla: os ve. Es de noche: os ve. Entrad en vuestro cuarto: os ve. Temed al que cuida de miraros, y temiéndole no le ofendáis. (Serm. 46, de verbo Domini, Barbier, ibid., ibid.)”

“Dios, dice en otra parte el mismo Santo Padre, es todo ojo, todo mano y todo pie: porque todo lo vé, todo lo hace y está en todas partes. (Ep. 3, ad Fortun., Barbier, ibid., ibid.)”

“Señor, dice San Agustín en los soliloquios, consideráis mis pasos y mis caminos, y noche y día veláis para custodiarme; todo lo observáis. Sois el espectador de todos mis pensamientos y de todas mis acciones, como si olvidando el cielo y la tierra, sólo os ocupárais de mí. La luz inmutable de vuestra vista no puede crecer, si no miráis mas que una cosa: ni disminuir, si las miráis todas juntas. Porque así como veis perfectamente una cosa en particular, veis también perfectamente todas las cosas reunidas, a pesar de su diversidad. Veis todas las cosas como una sola, y cada cosa como todas juntas, sin división, cambio ni disminución. Estáis enteramente en todos los tiempos, sin que haya para Vos tiempo; y me veis como si no hubiese ninguna otra

cosa que ver. Así veláis sobre mí como si os olvidáseis de todo lo demás y no quisiéseis ocuparos mas que de mi solo. Os manifestáis siempre presente; os ofrecéis como estando siempre pronto si me encontráis dispuesto a mí. En cualquier parte que esté yo, no os alejáis, porque estáis en todas partes, a fin de que a todas partes a donde vaya os encuentre a Vos, por quien existo, a fin de que no perezca privado de Vos, no pudiendo existir sin Vos. Confieso que todo lo que hago, en cualquier parte que lo haga, lo hago en vuestra presencia: y todo lo que hago, lo veis aún mejor que yo. Porque estáis presente en todas mis obras, como continuo testigo de todos mis pensamientos, de todas mis intenciones, de todas mis alegrías, y acciones. Y cuando lo considero con atención, Señor. Dios mío, poderoso y terrible, me quedo confundido de temor y de vergüenza: porque se nos ha impuesto una rigurosa necesidad de vivir con justicia y rectitud, haciéndolo todo en presencia del Juez que todo lo distingue. (Barbier, T. 4, p. 332, y 333.)”

Purgatorio.— “señor, purificadme en esta vida, y reducidme a tal estado, que cuando salga de ella, no necesite pasar por aquel fuego purificante que dice San Pablo. (S. Agust., Psalm. 37, sent. 39, Tric. T. 7, p. 457.)”

“El fuego del Purgatorio será mucho más intolerable que cuantas penas pueden sentirse ni aún imaginarse en esta vida. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 35, sent. 7, Tric. T. 9, p. 45.)”

“Acercándose el venerable Obispo, dice el grande Areopagita, hace oración sobre el difunto e invoca la divina clemencia para que le remita los pecados, colocándole en la luz y región de los vivos. El Nacianceno exhorta a su pueblo a que ore por los vivos y los muertos. San Atanasio dice que las almas de los difuntos perciben grande utilidad de las oraciones de los vivos. El Crisóstomo afirma que los Apóstoles establecieron la costumbre de orar por los difuntos, en la ciencia cierta que les servía de grande utilidad esta memoria. Y San Efrén, San Cirilo y San Epifanio, testifican esta verdad. Tertuliano muestra entre las tradiciones apostólicas los sufragios por los difuntos. San Cipriano testifica esta inviolable costumbre en la Iglesia de Africa. San Ambrosio, consolando a Faustino por la muerte de su hermana, le aconseja no emplee tanto tiempo en llorarla como en pedir a Dios por su alma. San Jerónimo, consolando a Paumaquio por la muerte de Paulina, dice: Los demás maridos rocían sobre el túmulo de sus mujeres, violetas, rosas, lirios y otras flores; pero nuestro Pan-

maquío riega los huesos de la suya con el bálsamo de la limosna, sabiendo que como el agua extingue el fuego, así la limosna el pecado. De la misma manera se expresan San Paulino y San Gregorio. (Sánchez Sobrino, T. 13, Sermones p. 71 y 72.)”

“Lo que hayamos descuidado en la tierra, dice San Bernardo, lo pagaremos por centuplicado en el Purgatorio. (De Obitu Umb., Barbier, T. 4, p. 386.)”

“Además de haber en el Purgatorio la pena de sentido, hay también la de daño, que es la privación de la vista de Dios. Y esta pena es grandísima: 1.º, porque aquellas almas tienen un conocimiento más profundo que nosotros de las infinitas perfecciones de Dios; 2.º, por el inmenso deseo que tienen de ir a Dios; 3.º, por su grande amor hacia Dios; 4.º, porque no están, como nosotros, distraídas de Dios. (Barbier, *ibid.*, p. 386 y 387.)”

R

Religión.— “Aquella santa religión nada suplicaría por defender su razón: porque tampoco se admira de la condición que sufre. Sabe que es peregrina en la tierra, y que entre los extraños fácilmente se hallan enemigos: pero no ignora que en el cielo es donde tiene descendencia, asiento, esperanza, gracia y dignidad. (Tertuliano, in Apolog. ad gentiles, sent. 1, adic., Tric. T. 1, p. 359.)”

“Somos un cuerpo por la conciencia de una misma religión, unidad de doctrina y motivo de esperanza: vamos todos a una junta y congregación para conseguir de Dios orando, siendo nuestro ejercicio las súplicas y las preces: esta fuerza le es muy agradable a Dios. (Tertuliano, ídem. c. 39, sent. 2, ídem, Tric. ídem. ídem.)”

“Mortificadnos, atormentadnos, sentenciadnos y aterrados: vuestra iniquidad es una prueba de nuestra inocencia. (Tertuliano, ídem, c. 50, sent. 3, adic., Tric. ídem, ídem.)”

“Enojaos contra el pecado, pues solamente este enemigo merece vuestra indignación. A la verdad, no puede menos el corazón de conmoverse cuando suceden cosas indignas de nuestra religión. Si en semejantes ocasiones nos manifestamos insensibles, no será virtud, sino indiferencia o cobardía. (S. Ambrosio, de Offic., c. 21, sent. 123, Tric. T. 4, p. 338.)”

“No solamente se profesa la religión cristiana con la fe, sino también con las obras: es tanta verdad, que si éstas faltan, debemos temer mucho el castigo de los infieles y de los apóstoles. Porque hay muchos modos de renunciar a la fe, y el Apóstol nos advierte este modo con bastante claridad, cuando dice: Hacen profesión de confesar a Dios, pero le renuncian con sus obras. Y en otra parte: Si alguno no cuida de los suyos, y principalmente de los que están en su casa, ha renunciado la fe, y es peor que un infiel. Y también: Huid de la avaricia, que es servidumbre de los ídolos. (S. Juan Crisóst., Homl. 3. de Anna, sent. 114, Tric. T. 6, p. 320.)”

"El cristianismo es la imitación de la vida divina, dice San Gregorio de Nisa. (Serm. Barbier, T. 4, páginas 399.)"

"Toda religión consiste en imitar a Dios, a quien honráis. (Barbier, *ibid.*, *ibid.*)"

"El plan de la religión cristiana es divino. Lo que la religión católica, apostólica, romana, nos enseña de las grandezas de Dios, del fin del hombre y de los admirables medios que conducen a este fin, es una doctrina toda celestial, una doctrina infinitamente superior a toda inteligencia creada, una doctrina que jamás habría podido ser conocida, si Dios no la hubiese revelado a los hombres: porque esta doctrina no sólo nos ha revelado todo lo que puede ser descubierto por la ley natural y todo lo que puede ser comprendido por la razón más pura, sino que también se extiende infinitamente más allá de estos límites, puesto que va a penetrar hasta en el interior de la profundidad divina. (Barbier, *ibid.*, *ibid.*)"

"¿Hay nada más santo que lo que la religión prescribe a los hombres para que lleguen a su fin? ¿Hay nada más santo que amar a Dios sobre todas las cosas, amar al prójimo como a nosotros mismos y portarnos con El como quisiéramos que se portase? Y porque la naturaleza corrompida nos inclina sin cesar a toda clase de prevaricaciones que nos apartan de Dios, esta religión nos manda que reprimamos nuestras codicias, dominemos nuestras pasiones, mortifiquemos nuestros sentidos, despreciemos las riquezas y los honores, y renunciemos a ganar todo el universo antes que a perder nuestra alma. En fin, esta religión prescribe todo lo que la humanidad, la piedad, la justicia y la razón exigen del hombre: y todo esto con relación al servicio de Dios, a quien todo debe relacionarse como a nuestro último fin. Y ¿cuáles son los medios que la religión cristiana nos propone para consumir nuestra salvación? Medios admirables, los más propios y eficaces para llegar hasta el fin. La presencia de un Dios que vela sin cesar sobre todas nuestras acciones y penetra los lugares más secretos de los corazones: la expectación de un juicio terrible, donde ha de darse cuenta de todas las acciones y aun de todos los pensamientos: la justicia y severidad del soberano Juez que no dejará ningún mal sin castigo, ni ninguna virtud sin recompensa: la grandeza de la recompensa para los justos, y la magnitud de los suplicios para los pecadores. Además, ¿de que auxilio no han de servirnos los ejemplos de Jesucristo, nuestro Dios, nuestro Rey, nuestro Salvador que anda delante de nosotros en el camino de la salvación, que nos lo ha señalado

con su sangre, y que desde lo alto del cielo donde reinará eternamente, nos brinda con la corona y la gloria? ¿Han podido ser inventados por los hombres unos medios tan admirables y eficaces? Pero no es menos sorprendente la conexión, el lazo que existe entre todos los misterios que la religión enseña: porque si Dios es el principio de todas las cosas, ¿qué se deduce de ahí, sino que Dios solo existe desde toda la eternidad, que ha sacado de la nada todo el universo, y es el solo dueño soberano de todos los hombres? Si Dios es el último fin del hombre, ¿qué se deduce de ahí, sino que las almas son inmortales, que los cuerpos resucitarán un día, que no es en este mundo donde ha de buscarse la felicidad, que todo lo que nos conduce a Dios debe ser mirado como un bien, y que todo lo que nos aleja de Dios debe ser mirado como un mal? (Barbier, T. 4, págs. 399 y 400.)"

"Si la fe nos propone misterios elevados e incomprensibles para toda inteligencia creada, como los misterios de la Trinidad y de la Encarnación del Verbo, está muy conforme con la razón; porque la razón nos enseña que debemos tener de Dios sentimientos y pensamientos infinitamente superiores al alcance natural de nuestro espíritu: que jamás conocemos a Dios más perfectamente que cuando comprendemos que sus perfecciones y atributos son incomprensibles para todo espíritu humano, y que Dios no sería Dios si pudiésemos comprenderle en toda la extensión de sus perfecciones. Y este es el mayor motivo de credulidad y la más invencible razón que prueba incontestablemente la verdad y la divinidad de la religión cristiana. Es la revelación del misterio de la Santa Trinidad que nos descubre en cierto modo el interior de Dios, interior que, no siendo conocido, ni pudiendo serlo mas que de el solo, no puede ni podrá jamás ser penetrado por ningún esfuerzo, si Dios no lo revela a los hombres, hablándoles verdaderamente. Por consiguiente, el verdadero fundamento de una religión verdaderamente divina y la prueba más incontestable de que Dios ha revelado esta religión, es la revelación del misterio, porque nadie más que El ha podido revelarlo... ¿Qué cosas más conforme también con la razón que la Encarnación del Verbo? Era preciso que el mediador entre Dios y los hombres fuese Dios y hombre a la vez Dios, para traernos, el medio, y hombre, para darnos ejemplo. Y con esto es fácil comprender, en primer lugar, cuán temible es la justicia de Dios, puesto que no ha podido quedar plenamente satisfecha sino por un Hombre-Dios. Es fácil comprender, en segundo lugar, cuán excesiva ha sido la misericordia de Dios, puesto que quiso

sufrir la muerte para rescatar a los esclavos. Es fácil también comprender, en tercer lugar, cuán admirable ha sido la sabiduría de Dios, que así sacó el bien del mal y del mismo pecado. (Barbier, *ibid.*, págs. 400 y 401.)”

Religiosos.— “Estar siempre ocupados en alabar a Dios, e implorar su gracia con oraciones continuas, y en leer y trabajar, es vida de Angeles. Por estar los religiosos separados de toda sociedad de mujeres, se emplean en servirse y guardarse unos a otros. ¡Oh que excelente es aquella vida, en la cual hay pocos malos que temer y tanto bien que imitar! El trabajo del ayuno es allí recompensado con ventajas por la tranquilidad del alma, está facilitado con la costumbre, aliviado con el reposo o divertido con la ocupación; no siente las cargas de las solitudes del siglo, los trabajos que otros padecen, ni la oportunidad de las gentes del mundo. (S. Ambrosio, Epist. 82, sent. 165, Tric. T. 4, p. 348.)”

“La soledad, dice S. Jerónimo, es la forma y la regla de la sabiduría. La soledad es por sí misma una predicación de la virtud: es disponer a ir al cielo el apartarse del mundo. (Ad Therasiam, Barbier, T. 4, p. 530.)”

“El que te habite, oh soledad, dice San Basilio, se eleva sobre sí mismo, porque teniendo el alma hambre de Dios, se pone sobre todo lo que es sobre la tierra, está suspendida en la fortaleza de la contemplación y separada del mundo, vuela hacia el cielo y esforzándose para ver lo que es superior a todo, desprecia todo lo demás. (Tract. de Laude vitae solitariae, Barbier, *ibid.*, p. 531.)”

“La vida de los anacoretas y de los ermitaños ha sido una vida oculta en la soledad. El mismo Salmista lo dice: He huído, me he alejado, he establecido mi morada en la soledad: Gran Rey, ¿por qué os dejáis? ¿por qué huís y buscáis la soledad? Porque he visto en el mundo la violencia y la discordia: la iniquidad mora en él: El crimen habita en él, y el fraude y la mentira no se apartan de sus plazas públicas. (Psalm. 54, 8-12, Barbier, T. 4, págs. 529 y 530.)”

“Mirad vuestra celda como un Paraíso, escribe San Jerónimo a Rústico: para mí la ciudad es una cárcel, y la soledad la mansión del Paraíso. (Barbier, *ibid.*, p. 530.)”

“El que ama la soledad, dice San Nilo, discípulo de San Crisóstomo, es invulnerable a los dardos de sus enemigos: pero el que se mezcla con la muchedumbre, recibirá frecuentes y crueles heridas. (In vit. Patr., Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Oh alma santa, exclama San Bernardo, estate sola, consérvate para el Dios único que para sí te ha elegido. La soledad, añade, es la muralla y el antemuro de las virtudes. Creed en mi experiencia, prosigue, aprenderéis más en las selvas que en los libros: los bosques y las peñas os instruirán, os enseñarán lo que no puede enseñaros vuestros maestros. (Serm. 40, in Cant., Barbier, *ibid.*, p. 531.)”

Resurrección general.— “Dios recompensará haciendo incorruptibles a los que guardan la justicia, cumplen sus leyes y perseveran en su amor, ya sea desde que recibieron el bautismo, ya desde que se convirtieron por la penitencia: El les dará la vida y los revestirá en el cielo de eternos resplandores. (S. Ireneo, sent. 1, Tric. T. 1, p. 86.)”

“Así como el sarmiento puesto en la tierra fructifica a su tiempo, y el grano de trigo cayendo en la tierra y deshaciéndose, se multiplica por el espíritu de Dios que todo lo contiene: estas cosas que vienen a ser útiles para el uso de los hombres por la sabiduría, percibiendo después la palabra de Dios, se hacen Eucaristía, que es el cuerpo y sangre de Jesucristo: así nuestros cuerpos alimentados con esta Eucaristía, aunque los depositen en la tierra y se deshagan en ella, han de resucitar a su tiempo, dándoles el Verbo Divino la resurrección para gloria de Dios Padre. (S. Ireneo, sent. 2, Tric. T. 1, p. 344.)”

“Así como Jesucristo, nos dejó por prenda al Espíritu Santo, así también recibió de nosotros en la misma calidad nuestra carne, y llevó esta prenda al cielo asegurando que algún día iría allá todo cuerpo y sangre del hombre. Vosotros habéis adquirido en Jesucristo un derecho a su reino celestial, y el que niegue el derecho que vosotros tenéis al cielo, negará que Jesucristo está en la gloria. (Tertuliano, lib. de Resurrectione carnis, c. 51, sent. 25, Tric. T. 1, p. 202.)”

“No hay duda que pueda restituir la carne el que la hizo. ¡Cuánto más es haberla hecho que el haberla resucitado y el haberla dado al principio, que el haberla restituído! Y de este modo debes creer que es más fácil resucitar la carne, que el haberla criado. (Tertuliano, lib. de Resurrectione, carnis, c. 11, sent. *adic.*, 27, Tric. T. 1, págs. 367 y 368.)”

“Todas las cosas vuelven a su estado cuando se han desvanecido: todas las cosas empiezan de nuevo cuando dejan de ser. Se acaban para hacerse: nada perece sino para vivir. Luego todo este orden de sucesiva revolución de las cosas está dando testimonio de la resurrección de los muertos. Primero la prescribió Dios a todas sus obras, que se escribiese con letras... Primero te dio a la naturaleza por maestra

para introducir después la profecía habiendo aprendido en la naturaleza: y para que no dudes que Dios, que es el restituidor de las cosas, también es restituidor de la carne. (Tertuliano, *ibid.*, c. 12, sent. adic. 28, *Tric. ibid.*)”

“Orígenes, refutando a Celso que negaba la resurrección, y decía: ¿Cuál es el alma que quisiera volver a un cuerpo lleno de podredumbre? Dios, por muy poderoso que sea, no puede volver a su primitivo estado a un cuerpo disuelto, porque esto sería indecente y contrario a la naturaleza: Orígenes le responde que los cuerpos resucitados no estarán en estado de corrupción, sino en estado de gloria e incorruptibilidad... No es más difícil para Dios restituir la vida a un cuerpo humano que el hacer que nazca de la sangre de un hombre. (Orígenes, *cont. Ces.*, lib. 5, n. 14, y siguientes. Bergier, T. 8, p. 450.)”

“En el tratado que escribió Tertuliano de la resurrección de la carne, contra los paganos y algunos herejes, sostiene la certidumbre de esta resurrección futura, porque así lo exige la dignidad del hombre. Dios puede verificarla, en ella se interesa su justicia, y así lo tiene prometido. En efecto: 1.º El mismo Dios fue, dice Tertuliano, quien formó el cuerpo del hombre con sus propias manos y quien introdujo en él una alma hecha a su imagen y semejanza. La carne del cristiano está asociada de alguna manera a todas las funciones de su alma y sirve de instrumento para todas las gracias que Dios le hace. El cuerpo fue quien se lavó en el bautismo, para purificar el alma; el es quien recibe el cuerpo y sangre de Jesucristo para nutrirla, y él es quien se inmola a Dios por las mortificaciones, los ayunos, las vigiliass, la virginidad y el martirio. También San Pablo nos recuerda que nuestros cuerpos son miembros de Jesucristo y templo del espíritu santo. ¿Dejará Dios perecer para siempre la obra de sus manos, la obra principal de su omnipotencia, —en la tierra y entre los seres materiales— el depositario de un soplo divino, el rey de los demás cuerpos, el canal de sus gracias y la víctima de su culto? Si le condenó a muerte en castigo del pecado, también vino Jesucristo a salvar todo lo que había perecido. Sin esta completa reparación no sabíamos hasta dónde llega la bondad de Dios, su misericordia y su paternal ternura. La carne del hombre fue restituida por la encarnación a su primera dignidad, y debe resucitar como la de Jesucristo. 2.º El que crió la carne, continúa Tertuliano, ¿no podrá resucitarla? Nada perece del todo en la naturaleza: las formas varían; pero todo se renueva y vuelve a rejuvenecer, de modo que parece que Dios imprimió en sus obras el sello de

su inmortalidad. El día sucede a la noche, los astros eclipsados vuelven al lleno de su luz, la primavera repara los estragos del invierno, las plantas renacen y aparecen de nuevo con todo su brillo, y esplendor muchos animales parece que mueren y que reciben después una nueva vida. De este modo preparó Dios las lecciones de la revelación con las leyes de la naturaleza y nos mostró la imagen de la resurrección antes de haberla prometido. 3.^o Su justicia y su fidelidad están interesadas en el cumplimiento de esta promesa. Es preciso que Dios juzgue, recompense y castigue a todo el hombre: en éste el cuerpo sirve de instrumento al alma, tanto para el vicio como para la virtud; hasta los mismos pensamientos se pintan muchas veces en el semblante; el alma no suele experimentar placer ni dolor sin que participe el cuerpo, y el principal ejercicio de la virtud consiste en reprimir las concupiscencias de la carne. Por lo mismo, es justo que el alma de los malos sea castigada, y que las de los santos sea recompensada en eterna sociedad con un cuerpo que ha sido instrumento de sus méritos. (Bergier, T. I, págs. 181 y 182.)"

Riquezas.— "La posesión de las riquezas es odiosa en público y en particular cuando excede a las necesidades de la vida: la adquisición de las riquezas es trabajosa y difícil, su conservación penosa, y su uso incómodo. (S. Clemente, sent. 3, Pedagogo, lib. 2, c. 3, Tric. T. 3, p. 123.)"

"No es delito tener riquezas, como se arregle el uso de ellas: porque aunque no se abandonen los fondos que sirven de manantial a la limosna, esto no impide el repartir sus bienes, con los necesitados. Luego no es malo el tener hacienda, sino poseerla, de modo que nos sea perniciosa. El riesgo está en el deseo de enriquecerse, y un alma justa que se ocupa en aumentar su hacienda, se impone una pesada carga: porque un siervo de Dios no puede adquirir los bienes del mundo sin exponerse a juntar vicios que son como inseparables de los bienes: y por esto es tan difícil que un rico entre en el cielo. (S. Hilario in Matth., c. 19, sent. 8, Tric. T. 2, p. 258.)"

"Es imposible, no solamente a los que pecan, sino también a los que se aplican con demasiada inquietud a los negocios temporales, y a los cuidados de las cosas, aunque sean las precisas para la vida, es imposible, digo, que puedan servir con toda perfección a Dios y ser como deben sus discípulos. (S. Basilio, de Bapt., lib. 1, sent. 22, Tric. T. 3, p. 194.)"

"Lo primero es necesario librarnos de la servidumbre del demo-

nio, después despreciar todas las cosas presentes, y por último renunciar a nosotros mismos, de suerte, que despojados aun del deseo de vivir, lleguemos a ser verdaderos discípulos del Señor, según aquellas palabras de Jesucristo. Si alguno viene a mí, lleve su cruz y sígame. (S. Basilio, *ibid.*, sent. 23, Tric. T. 3, p. 194.)”

“Estimad como una riqueza grande la escasez de bienes por amor de Aquel que quiso padecer la pobreza por nuestro amor. (S. Greg. Nacianc., Orat. 40, sent. 51, Tric. T. 3, p. 361.)”

“Procurad que no se envanezca vuestro corazón con la abundancia de las riquezas, de modo que llegue a olvidar a Dios, que es su Señor. Porque, hombre, ¿qué tienes tú que no lo hayas recibido de El? ¿No pasan cómo una sombra todos los bienes terrenos? ¿Eres tú otra cosa que polvo y ceniza. Vuelve los ojos a esos sepulcros y distingue, si puedes, los pobres de los ricos. Desnudos venimos a este mundo y desnudos hemos de salir. En los cadáveres no hay otra distinción, sino que es más abominable el feto de los ricos por haberse engruesado con las sensualidades y delicias. ¿Habéis oído decir que algún pobre haya muerto de indigestión? La prueba le trae la utilidad de dar ejercicios al cuerpo, pero no le destruye. (S. Ambrosio, lib. 6, c. 8, n. 48, sent. 7, Tric. T. 4, p. 314.)”

“Pensáis que son felices los ricos porque veis las muchas cosas de que gozan, mas no veis cuántas son las que necesitan. (S. Ambrosio, *ibid.*, sent. 8, Tric. T. 4, p. 314.)”

“¿Quién hasta ahora se ha justificado con las riquezas? ¿Quién se ha hecho humilde con el poder, misericordioso con la nobleza de su nacimiento, casto con la hermosura? A la verdad, todas estas prendas temporales más bien son peligrosas para hacernos caer en la culpa que útiles para reducirnos al camino de la virtud. (S. Ambrosio, in Psalm. 1, sent. 39, Tric. t. 4, p. 321.)”

“Varones de las riquezas: con razón los llamó David varones de las riquezas y no dijo, riquezas de los varones: para dar a entender que ellos están poseídos de las riquezas en vez de poseerlas. (S. Ambrosio, de Nabut., c. 13, sent. 24, adic., Tric. T. 4, p. 400.)”

“Despojarse simplemente de sus bienes es el principio de la piedad, y no su perfección, pues lo mismo hicieron Crates, el Tebano y el Filósofo Antístenes: ofrecerse a Dios, es propiamente de cristianos, a imitación de los Apóstoles. (S. Jerón., Ep. ad Lucin. 71, sent. 26, Tric. T. 5, p. 243.)”

“Es muy difícil, o por mejor decir imposible, gozar de los bienes

presentes y de los que están por venir, y pasar de estas delicias a otras delicias. (S. Jerón., Ep. ad Cast. 68, sent. 32, Tric. t. 5, p. 244.)”

“Cuando véis un pecador nadando en la afluencia de bienes de la tierra, que se alaba de su poder, que goza de perfecta salud, que tiene una mujer amable y que le rodean muchos hijos, bien nacidos, creed que se está cumpliendo en el aquella amenaza del Profeta: Yo no te visitaré de modo alguno con mis castigos. (S. Jerón., in Ecclesiast., c. 4, sent. 83, Tric. T. 5, p. 253.)”

“No es malo tener riquezas como se hayan adquirido justamente, y con tal que se den a Dios las gracias porque las ha dado; pero es malo poner en ellas su confianza, según aquellas palabras del Salmo: si vienen abundantes las riquezas, no pongáis en ellas el corazón. Es permitido tener bienes para la necesidad, pero nunca es lícito poseerlos con apego. (S. Jerón., in Psalm. 52, sent. 104, Tric. T. 5, p. 257.)”

“¿Queréis enriqueceros? Hacedos amigos de Dios y seréis los más ricos del mundo. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, sent. 5, Tric. t. 6, p. 301.)”

“Nos quitamos la vida, consumimos el tiempo y los bienes para conseguir algunos campos o algunas casas en esta tierra que presto hemos de dejar: y no damos ni aún lo superfluo para comprar un cielo que hemos de poseer para siempre. (S. Juan Crisóst., Homl. 11, c. 3, sent. 41, Tric. T. 6, p. 308.)”

“Cuanto más buscáis, más disminuís vuestra libertad: porque la verdadera libertad está en no necesitar de cosa alguna, o a lo menos en tener necesidad de pocas. (S. Juan Crisóst., Homl. 80, Joann., sent. 89, Tric. T. 6, p. 316.)”

“Las verdaderas riquezas consisten en desear solamente lo que se necesita para su uso arreglado y expender bien todo cuanto sobra y excede este uso. (S. Juan Crisóst., Homl. 73, Génesim, sent. 106, Tric. T. 6, p. 319.)”

“Veamos si los cuidados y las inquietudes del rico son muchas veces más molestas que las del pobre. El pobre no tiene otra solicitud, sino la de aquellos que absolutamente necesita para su subsistencia: pero el rico la tiene de una infinidad de cosas superfluas. Es verdad que el rico no tiene hambre, pero teme otros muchos males, como son, las pérdidas, las desgracias y la misma suerte. Y si el pobre vive con trabajo para ganar el sustento, o al menos vive en todo lo demás con reposo y seguridad contra las desgracias de la fortuna. (S. Juan Crisóst., Homl. 51, sent. 281, Tric. T. 6, p. 358.)”

“Aquel rico malo del Evangelio no fue castigado porque era rico, sino porque no tuvo misericordia del pobre: porque no está prohibido al hombre poseer los bienes, sino dejar de hacer buenas obras. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 2, in c. 1, sent. 349, Tric. T. 6, p. 376.)”

“Todos estudian en el modo de aumentar su hacienda y ninguno en los medios de salvar su alma. Todo el mundo procura la pobreza, y nadie cuida de evitar el infierno. Esto es lo que propiamente merece lágrimas y lo que es más digno de reprensión. (S. Juan Crisóst., Homl. 23, ad Hebr., Sent. 385, Tric. T. 6, p. 383.)”

“Ninguna cosa sujeta los hombres al demonio como el ansia de las riquezas y el dejarse vencer del deseo de tener. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, c. 1, Matth., sent. 2, Tric. T. 6, p. 451.)”

“¿A quién veis aquí en la abundancia? A ninguno. La abundancia del hombre en esta vida no es más que miseria y aflicción. (S. Agust., Psalm. 29, sent. 11, Tric. T. 7, p. 455.)”

“Cuanto más opulentos son los hombres, mayor es su necesidad, porque entonces los despedazan más sus deseos, más los disipan sus pasiones, más los atormenta su temor y más los roe su pena. (S. Agust., *ibid.*, sent. 12, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Aquel rico del Evangelio no se condenó por haber tenido riquezas, sino porque había puesto en ellas la esperanza y el corazón, y no en Dios. (S. Agust., Psalm. 52, sent. 71, Tric. t. 7, p. 461.)”

“Para el corazón que no es tierra, el oro y la plata es lo mismo que la tierra. (S. Agust., Psalm. 113, sent. 154, Tric. d T. 7, p. 461.)”

“Aquel posee con verdad el oro, que sabe usar bien de él; pero el que no sabe emplearle, más bien se puede decir que el oro le posee a él, que no es dueño del oro, Sabed, pues, ser dueños de vuestras riquezas y no seáis sus esclavos. (S. Agust., Psalm. 123, sent. 160, Tric. t. 7, p. 469.)”

“Lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres: guardar lo superfluo es retener los bienes ajenos. (S. Agust., Psalm. 146, sent. 174, Tric. T. 7, p. 470.)”

“Lo que los ricos reciben de los pobres es muy superior a lo que les dan: ellos les dan una moneda, un poco de pan, un vestido, pero reciben de Jesucristo un reino, la vida eterna y el perdón de sus pecados. (S. Cesáreo de Arelés, Serm. 98, sent. 19, Tric. T. 9, p. 47.)”

“Nuestro pecado no consiste en la posesión de las riquezas, sino en el afecto desordenado que en ellas ponemos: porque todo cuanto Dios ha hecho es bueno. Mas sucede al que usa mal de lo que es

bueno, que por su insaciable codicia le da la muerte el mismo pan que le debiera dar la vida. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 30, p. 361, sent. 53, Tric. T. 9, p. 250.)"

"No se nos dice que aquel rico del Evangelio que vestía púrpura y holanda y se regalaba espléndidamente, robó los bienes ajenos, sino usaba frecuentemente de los propios: no se dice que entró después de esta vida en el lugar de la divina venganza por haber ejecutado lo ilícito, sino por haberse entregado enteramente al uso inmoderado de todo lo permitido. (S. Greg. el Grande, Admonit. 20, sent. 15, adic., Tric. T. 9, p. 383.)"

"El cuidado y embarazo de las cosas perecederas perturban el corazón: estas inquietudes y esta priesa ponen el espíritu en la más extraña disposición. ¿Queréis gozar de la verdadera calma y poner vuestra alma en paz? No conservéis apego alguno a los bienes de este siglo. Si desprendéis vuestra alma de todas las vanas solicitudes de este mundo, gozaréis de un reposo inalterable y constante. El que se mezcla demasiado con las criaturas enrendándose con el mundo, se separa de Dios y a poco tiempo pierde el único amor que es digno de un corazón cristiano. (S. Anselmo, Exhort. ad contemplum temporarium, sent. 33, Tric. T. 9, p. 347.)"

"Al que piensa que nada le falta, le falta todo. (S. Bernardo, lib. 2, de Consid., c. 7, sent. 7, Tric. T. 10, p. 322.)"

"Para los incautos es la prosperidad como el fuego para la cera, y el rayo del sol para la nieve. (S. Bern., *ibid.*, c. 12, sent. 9, Tric. *ibid.* *ibid.*)"

"Quita las cosas superfluas y nacerán las saludables: porque cuanto quitas a la concupiscencia se añade a la utilidad. (S. Bern., Sermon. 57, in Cant., n. 10, sent. 28, Tric. *ibid.*, p. 323.)"

"Necedad es esconder el tesoro en donde no puedas tomarle cuando quieras. (S. Bern., Tract. de Offic. Epist. c. 5, sent. 42, Tric. T. 10, p. 324.)"

"El motivo más poderoso para huir de las riquezas es que apenas o nunca se poseen sin amor. (S. Bern., Tract. ad Cler., c. 1, sent. 120, Tric. T. 10, p. 329.)"

"En las heredades de los ricos se siembra la sangre y vida de los pobres. (S. Bern., 4, de Consid., c. 2, sent. 135, Tric. T. 10, p. 330.)"

"De lo que había de servir a los pobres, se ceba la curiosidad de los ricos. (S. Bern., Apol. ad Guil., c. 11, sent. 141, Tric. *ibid.*, *ibid.*)"

"El uso de las riquezas es, por lo común, de otros: los ricos sólo

tienen el nombre y el cuidado. (S. Beran., de Convers. ad Cler., n. 13, sent. 146, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

Risa.— “No debemos elegir hacer por vuestra voluntad papel ridículo haciendo reír: mucho más debemos guardarnos de ser y parecer chocarreros en nuestras palabras. (S. Clemente, Pedagogo, lib. 2, c. 5, sent. adic., 4, Tric. T. 1, p. 350.)”

“Dios nos guarde de burlarnos de algún otro; de lo cual empieza primero la contumelia, y después salen los pleitos, las riñas y las enemistades. (Idem. *ídem*, c. 6, sent. 5, *ídem*. Tric. *ídem.*, *ídem.*)”

“Dichosos los que están sin mancha, en su camino y van caminando en la ley del Señor. Los que en su camino son perfectos, son aquellos que viven sin mancha: en esto se enseña a los que todavía están en los primeros elementos de la ciencia divina que deben publicar la felicidad de los que han llegado a este estado de perfección, no sea que se perjudiquen a sí mismos por gloriarse como si ya fuera bienaventurados, siendo así que deben reconocerse muy distantes de los que ya han adquirido la verdadera felicidad. (Eusebio de Cesárea, sent. 7, Tric. T. 2, págs. 84 y 85.)”

“El reino de los cielos está dentro de vosotros: así llamó Jesucristo al gozo que el Espíritu Santo infunde en el corazón, el cual es una prenda de la eterna alegría que han de tener las almas de los santos. (S. Greg. de Nisa, de perfect. Cler., sent. 16, adic., Tric. T. 4, p. 363.)”

“No pertenece a los cristianos pasar el tiempo en las risas, diversiones y placeres. Eso es bueno para la gente del teatro y para aquellos bufones y lisonjeros que andan buscando las buenas mesas. No es este el espíritu de los que son llamados a una vida celestial, cuyos nombres están ya escritos en la ciudad eterna, y profesan una milicia espiritual: ese es el espíritu de los que combaten bajo las banderas del demonio. Así es, hermanos míos, el demonio ha reducido a arte esas diversiones y juegos. (S. Juan Crisóst., Homil. 6, in c. 2, sent. 38, Tric. T. 6, p. 307.)”

“¿Qué mal puede haber en reír? me diréis. Y yo os respondo, que reír no es malo, pero puede ser malo por el modo, lugar y tiempo. (S. Juan Crisóst., Homil. 15, c. 9, ad Hebr., sent. 381, Tric. T. 6, p. 382.)”

“No hay miseria más verdadera que la falsa alegría. (S. Bern., de lib. Arb, n. 14, sent. 11, Tric. T. 10, p. 322.)”

“Nosotros no gustamos de que nadie se ría de nosotros: por consiguiente, no debemos ridiculizar a nadie, así como no queremos que

nos ridiculicen a nosotros. San Ambrosio prohíbe también esta licencia, singularmente a los eclesiásticos, en el lib. 1, Offic., c. 23. Aunque las chanzas honestas, dice, agradan y suelen ser bien recibidas, son contrarias a los deberes de los eclesiásticos.. San Ambrosio quiere que un eclesiástico busque simplemente en la Sagrada Escritura las lecciones y ejemplos con que debe conformar su conducta; y nosotros sostenemos que tiene mucha razón y no vemos en la Escritura ningún ejemplo de personaje alguno consagrado a Dios que se tomase la libertad de decir chufletas para que le tuviesen por gracioso. (Bergier, T. 8, p. 504.)”

“La alegría mundana es una gota de miel que se convierte en un mar de hiel... Ved lo que sucede a cualquiera que se entregue a la embriaguez, a la intemperancia, al deleite, a la vanidad, al desmedido deseo de agradar. Los goces mundanos engendran el hastío y el remordimiento. ¿Por qué? Porque son peligrosos y culpables. Son peligrosos. ¿A qué no exponen en efecto los placeres de los sentidos, los deleites, la gula, los ojos poco circunspectos, los oídos poco castos, la lengua mal contenida? ¿A qué peligros no exponen las vanidades, el amor del mundo, los bailes, las familiaridades, los espectáculos, etc.? El que vive de los goces del mundo, dice San Gregorio, encadena sus sentidos interiores, su espíritu, su alma, su memoria, su inteligencia, su voluntad, su corazón. (Homil. 36, in Evang., Barbier, T. 2, p. 313.)”

“No se puede, dice San Jerónimo, disfrutar de los goces del mundo y de los goces de Dios, ser dichoso en esta vida y en la otra, vivir según el mundo e ir al cielo. (Epist., 34, ad Julián. Barbier, T. 2, p. 314.)”